

Leer y viajar

Antología de cuentos
contemporáneos
argentinos

Leer y viajar

Antología de cuentos
contemporáneos argentinos

Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación e Innovación

María Soledad Acuña

**Subsecretario de Planeamiento Educativo, Ciencia
y Tecnología**

Diego Javier Meiriño

Directora General de Planeamiento Educativo

María Constanza Ortiz

Subsecretario de Ciudad Inteligente y Tecnología Educativa

Santiago Andrés

**Subsecretaria de Coordinación Pedagógica
y Equidad Educativa**

Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

**Subsecretario de Carrera Docente y Formación
Técnica Profesional**

Javier Tarulla

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

Leer y viajar.

Antología de cuentos contemporáneos argentinos

Gilda Manso, Juan Guinot, Julieta Novelli, Soledad Fernández, Salvador Marinaro, Paula Brecciaroli.

Agradecimientos: Alejandro Meter, Gilda Manso, Juan Guinot, Julieta Novelli, Salvador Marinaro, Paula Brecciaroli y Soledad Fernández por la cesión de imágenes.

Idea original, revisión y diseño de la Colección *Voces de ayer y de hoy*: Equipo de Contenidos Digitales (DGPLEDU).

Selección literaria y prólogo: Paula Tomassoni

Coordinación: Jimena Dib

Colaboración: Marcos Alfonzo y Silvia Saucedo

Diseño gráfico: Alejandra Mosconi y Estudio Cerúleo

Ilustraciones: Magalí Morales

Foto de tapa: Getty Images

Equipo editorial externo

Coordinación: Alexis B. Tellechea

Edición: Natalia Ribas

Diagramación: Estudio Cerúleo

Leer y viajar. Antología de cuentos contemporáneos argentinos / Gilda Manso .. [et al.] ; compilado por Paula Tomassoni. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Ministerio de Educación e Innovación, 2019.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-673-491-2

1. Educación Secundaria. 2. Lengua. 3. Literatura. I. Manso, Gilda.
II. Tomassoni, Paula, comp.
CDD A863

ISBN: 978-987-673-491-2

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ministerio de Educación e Innovación

Subsecretaría de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología
Dirección General de Planeamiento Educativo
Holmberg 2548/96, 2º piso. C1430DOV - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Índice

Prólogo	7
Un mamut a secas , por Gilda Manso	11
Hiromu , por Juan Guinot.....	19
El día que el Lobo jugó en Corrientes , por Julieta Novelli...29	
Akasha , por Soledad Fernández.....	33
Cruzar la autopista , por Salvador Marinaro.....	41
Gran Capitán , por Paula Brecciaroli.....	51
Biografías	61

Prólogo

Podríamos empezar este prólogo citando a un personaje, Holden Caulfield (el narrador y protagonista de la novela *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger), quien decía que los libros que más le gustaban eran esos que, cuando acababa de leerlos, lo hacían desear que el autor fuera muy amigo suyo para poder llamarlo por teléfono cuando quisiera. Lo decía en una época en la que no todo el mundo tenía teléfono y no era tan fácil obtener los números de las personas, especialmente si eran famosas o reconocidas. ¡Qué no hubiera dado Holden por vivir en esta época de redes sociales! Hoy, si disfrutaste leyendo un libro de un autor o una autora actual, sin necesidad de ser su amigo o amiga, podés buscar su nombre en Facebook, Instagram, Twitter, y, si lo encontrás, escribirle un mensaje diciendo cuánto te gustó un personaje, una historia o un poema. También podés seguir las difusiones de las ferias de libros, los ciclos de lectura, las charlas, para encontrar a la escritora o al escritor que te gusta y, de paso, conocer a otros nuevos.

La idea de esta antología es acercar a la escuela la obra de autoras y autores argentinos contemporáneos, cuyos libros circulan y se leen mucho entre lectores y lectoras de literatura.

Las y los docentes de Literatura tienen al menos dos ideas cuando ofrecen lecturas a sus estudiantes. Por un lado, formar nuevos lectores, es decir, hacer que las y los jóvenes se acerquen a los libros, descubran lo maravilloso que es leer una buena historia, entretenerse, emocionarse, pensar. Por otro, quieren dar a conocer la historia de la literatura y algunos textos de la tradición literaria nacional y mundial.

A veces, la segunda opción parece más fácil que la primera, porque ¿cómo hacer que las y los jóvenes se apropien de un texto, cuando a veces repiten la frase desoladora que tanto les duele a las y los docentes: “A mí no me gusta leer”? En ocasiones, los textos que se eligen para fomentar la lectura son lejanos en tiempo y espacio respecto de las realidades de las y los estudiantes. La lectura se entrena, se aprende a leer leyendo, y por eso es importante que los primeros textos sean sentidos como propios, cercanos, aun cuando hablen de cosas que no existen. Cuando somos del mismo lugar y la misma época, además compartimos un poco los modos de la imaginación.

Así, esta antología quiere traer al aula a autores y autoras de acá y de ahora, y recuperar también una idea sobre la literatura que no tiene necesariamente que ver con la enseñanza ni con la escuela. Es probable que disfruten la lectura de algunos cuentos y que otros, en cambio, les gusten menos; se van a reír en ciertos momentos y en otros pueden sentir tristeza o miedo. Leer literatura siempre es una aventura y, como tal, un riesgo. Nunca sabemos lo que un texto va a provocar en nosotros, lo que nos va a hacer sentir o pensar. Dicen que hay tantas lecturas como lectores, y eso es porque no a todos nos pasan las mismas cosas al leer el mismo texto. Estos cuentos no fueron escritos especialmente para la escuela, sino que circulan en el mundo como lo hace la literatura en general. Algunos de ellos han sido publicados anteriormente en otros libros, otros han sido leídos y compartidos con públicos de diferentes lugares.

¿Por qué los cuentos están relacionados con la idea del viaje? Un libro de cuentos no es una acumulación de textos: siempre hay una lógica, un motivo para que esos relatos vayan juntos en una misma publicación. Esos motivos pueden ser muchos y muy diferentes: puede ser la nacionalidad de las autoras y los autores, un tema en común, una estética o un modo de escribir, entre otros tantos.

En esta colección, quisimos ofrecer como marco el tópico de los viajes, pero elegimos viajes muy diferentes entre sí: unos a

lugares lejanos, otros más cerca, algunos a lugares rarísimos para encontrar cosas muy extrañas... ¡hasta un viaje en origami! Leer a partir de este tópico nos permite también atravesar cuentos realistas, con historias que parecen haber sucedido, y otros fantásticos, o futuristas, que nos llevan a mundos distintos del que habitamos a diario. En esta variedad, ustedes, las lectoras y los lectores, pueden ir eligiendo qué les gusta más, qué menos, y pensar por qué. Esta pequeña muestra de relatos podrá funcionar como referencia de lectura para seguir buscando qué leer a continuación.

La antología está compuesta por seis cuentos. El primero, “Un mamut a secas”, de Gilda Manso, relata un viaje por un túnel oscuro que sale de adentro de una casa, para encontrar, al final, algo totalmente inesperado. El segundo, “Hiromu”, de Juan Guinot, cuenta la historia de ese personaje, un joven japonés que vive en la Argentina y que se encuentra con Mitsuki, una chica hermosa que no habla español y viaja en origami. El siguiente relato, “El día que el Lobo jugó en Corrientes”, de Julieta Novelli, narra un viaje breve, con una parada que llena a los personajes de emociones. “Akasha”, de Soledad Fernández, es un viaje extraño y misterioso: ¿cómo sería viajar entre la vida y la muerte? Mirlo, el personaje de “Cruzar la autopista”, de Salvador Marinaro, llega a Capitalia: una ciudad del futuro que resulta bastante hostil para quienes vienen de afuera. En el último relato, “Gran Capitán”, de Paula Brecciaroli, la protagonista emprende un largo viaje en tren que por momentos resulta un poco molesto, ¿adónde irá?

Seis relatos que nos invitan a pensar que hay muchas maneras de viajar y muchos destinos posibles. Ojalá esta lectura sea también para ustedes la gran aventura de un viaje literario.



Un mamut a secas

GILDA MANSO

Yo ignoraba que ahí hubiera ratas, hasta que una salió por la puerta y se puso a comer la comida de mi perro. Había una rata en el cuarto de los cachivaches. Y salía y le comía la comida a mi perro.

No sé qué imagen me estresó más, si la de una comunidad de ratas haciendo nido en una habitación de mi casa o la que me mostraba a mí misma desmantelando la pieza para exterminarlas. En el cuarto de los cachivaches suelo guardar todo aquello que no puedo o no quiero tirar pero no sé dónde meter: una silla rota, una balanza que no funciona, una caja con decenas de casetes de la época en que la música en CD era un sueño yanki, y demás cosas inservibles. Y ahora, ratas.

Durante un par de días me hice la tonta. Pensé, o traté de pensar, que la rata no eran ratas sino rata, una sola, una rata que, por algún motivo ajeno y por lo tanto que no me afectaba, había decidido atravesar mi patio y comerle la comida a mi perro. Principio, nudo y desenlace. Punto. Pero el fin de semana volvió a suceder. Otra rata salió del cuarto de los cachivaches; oteó el espacio, miró a mi perro, que por cobardía o solidaridad animal fingía dormir, y corrió desde su guarida hacia el alimento balanceado. Elevé la escoba que tenía en la mano y la descargué, furiosa, sobre el lomo de la bestezuela.

La rata quedó inmóvil y yo vomité.

No tenía más excusas. Había matado a un animal y en mi casa había ratas. Los dos hechos unidos entre sí pero a la vez dramáticos por separado me obligaban a desmantelar el cuarto de los cachivaches. Me puse los guantes de goma, los que uso para lavar los platos,





y me metí los pantalones adentro de las medias: no me seducía la idea de que una rata pudiera trepar por mi pierna.

—Voy a vaciar el cuarto. Si sale una rata, la atrapás y la matás —le ordené a mi perro, con afán de desligar responsabilidades. No percibí en él ninguna intención de colaborar, pero confíe en su instinto de sabueso.

Saqué la balanza, los casetes y media docena de cajas de cartón que contenían inutilidades viejas. Y entonces lo vi: atrás de las cajas, donde debía estar la pared, había un agujero. Es decir, estaba la pared y, en la pared, un agujero. Pero no era un agujerito, una ratonera de dibujo animado. Era un boquete por el que podía pasar una persona de cuerpo mediano. Me asomé y sentí frío. Era noviembre, pero por el boquete venía un aire helado que, lógico, me asombró. Y vi que al otro lado del agujero había un túnel. Pensé que eso era aún más extraño que el frío, ya que la pared daba, o debía dar, al patio del vecino. Pero daba a un túnel.

—Vos pasás primero —le dije a mi perro. Él obedeció con una docilidad que no le pertenecía, lo que me hizo pensar que no era la primera vez que recorría el túnel hasta llegar vaya uno a saber dónde. Atrás fui yo, gateando y temiendo. Lo peor del caso es que no sabía qué temía, es decir, que al temor de enterarme de que había un pasadizo secreto en mi propia casa, le sumaba el temor de no saber a dónde conducía ese pasadizo ni por qué.

El túnel era circular y, me parecía, también descendente, aunque esto último no podía jurarlo. Mi perro avanzaba con confianza y moviendo la cola; cada tanto se detenía a esperarme, como si hubiera existido la posibilidad de que el túnel desembocara en un laberinto. La idea no me agradó.

Pero el túnel no desembocaba en un laberinto. Luego de quince minutos de gateo incómodo, vi que el camino había finalizado. Me encontraba en la puerta de una cueva inmensa; una ráfaga helada y agresiva salió a recibirme. Mi perro se asomó y volvió a mover la cola, lo que interpreté como una invitación a entrar. Y ya que estaba ahí, entré.

Lo primero que hice fue ahogar un grito de espanto, porque una parte mía intuyó que, si gritaba, no saldría viva de allí.

—¿Eso es un mamut? —pregunté sin saber a quién. Mi perro movió la cola. Eso era un mamut. Me suena ridículo decir un mamut extinto, ya que si estaba extinto, ¿qué hacía allí? Era un mamut a secas, un mamut que me miraba con curiosidad. Él me miraba con curiosidad a mí; no supe si reír, llorar, intentar despertarme (por si ocurría un milagro y resultaba que todo eso no era más que un sueño), llamar a la policía o regresar por el boquete hasta mi casa y vivir el resto de mi vida fingiendo que al otro lado de mi pared no había ningún mamut.

Mi perro era su cómplice, el muy canalla. Nunca me había dicho nada. Y ahí estaba, sentado a su lado, y seguramente le decía, en su idioma mudo de animales, que se quedara tranquilo, que yo soy inofensiva (no le debe haber mencionado la rata asesinada). Vi que en la cueva crecían arbustos, y supuse que le servían a mi huésped como alimento; la maldita naturaleza es sabia, y no iba a dejar que el único mamut sobreviviente muriera de hambre.

El único mamut sobreviviente. En ese instante vi la oportunidad que tenía ante mí. El animal me haría ganar fortunas. Regresé por el boquete, llegué a mi casa, tomé el teléfono y marqué el número del noticiero más amarillista de la televisión.

Descolgaron el teléfono:

—Noticiero, buenos días.

Imaginé al mamut en el circo, tal vez compartiendo jaula con algún león viejo. Me vi llena de oro. Recordé al mamut en la cueva, con sus arbustos, su frío, su tranquilidad y mi perro, que movía la cola.

—Noticiero, buenos días —repitió la voz en el teléfono, impaciente.

—Disculpe, me equivoqué de número —dije, y colgué.

Fui al cuarto de los cachivaches y dejé libre el agujero de la pared, no sea cosa que ocurra alguna urgencia y yo no pueda ir a ver si el mamut se encuentra bien.





Hiromu

JUAN GUINOT

H iromu baja de la bicicleta y la calza en el bicicletero que está en la vereda del negocio. Viene de la plaza San Luis. Ahí, se encuentra con Mitsuki para hablar en japonés. Mitsuki no habla español. Lo sé porque me lo contó Hiromu. Nunca los vi juntos porque cuando él va a ver a Mitsuki en la plaza, yo me quedo a cubrirlo en el negocio. Él también me contó que ella viene de muy lejos.

Hiromu entra al negocio y le pregunto cómo hace Mitsuki, que vive tan lejos, para llegar hasta la plaza si no habla una palabra en español, y él me dice que viaja en origami. No lo dejo avanzar, me pongo adelante, le pregunto si ella paga el tren con origami, y a él se le ponen los ojos finitos, *tren origami*, dice, se ríe, me esquivo y va a la cocinita del negocio para calentar agua en la pava y armar el mate.

Hiromu no lleva el mate cuando va a la plaza San Luis para encontrarse con Mitsuki. Antes de ir, toma muchos mates y yo creo que los acumula en la panza (como los camellos guardan agua en las jorobas antes de encarar el desierto) porque, una vez me lo dijo, hablar con Mitsuki puede perderlo.

Pienso que entre ellos traman algo. Por ahí planean poner un negocio como el del hermano de Hiromu, que tiene La Tokio y todos los vecinos llevan a limpiar la ropa ahí.

Cuando llegaron de Osaka, uno se hizo comerciante y el otro empleado. Creo que si Hiromu va a abrir su propio negocio, no debe ser porque mi papá le pague mal. Lo hará para tener un negocio que ponga de moda el uso de ropa arrugada y sucia. Sé que a él eso le preocupa, siempre dice que no le gusta que la gente gaste plata en La Tokio.



Hiromu dice *La Tokio* y no la tintorería de mi hermano. Tampoco habla del hermano. La vez que le pregunté cómo se llamaba, se dio vuelta, miró a la vidriera, el sol de la mañana lo bañó de luz, cerró los ojos y no volvió a abrir la boca en todo el día.

Mitsuki usa un perfume que se parece al de las flores de los árboles de tilo. Me doy cuenta porque Hiromu vuelve de la plaza con ese olor.

Ayer, Hiromu le preguntó a mi papá si había algún puesto en el negocio *para amiga que solo habla japonés*. Papá se rascó la cabeza, puso cara de preocupado y le pidió que se lo dejara pensar. Ya perdió a un empleado por haber traído a trabajar a una novia. El empleado se peleó con la chica y se fueron los dos del negocio. Era el mejor que tenía. Y, después, perdió a una empleada, que era mejor que el anterior, porque papá le contó a mamá que algo le pasaba con ella y, al final, la empleada se tuvo que ir.

A papá no le va a hacer nada bien que se vaya otro empleado; de solo pensarlo, le hace doler el corazón, porque lo vi acariciarse el pecho mientras escuchaba el pedido de Hiromu.

Papá le tiene miedo a su corazón porque su papá y el papá de su papá se murieron de un infarto. Se cuida mucho para que no le dé un infarto. *No uso el reloj en la mano izquierda porque el tic tac sube por el brazo y hace interferencia en el corazón*, me dijo. Sabe lo de las interferencias en el corazón porque el papá de mi papá usaba un reloj en la mano izquierda y el abuelo de mi papá, un reloj con tapa y correa de plata que se metía en el bolsillo interno del saco, del lado del corazón.

Es una amiga de Hiromu que solo habla japonés, escuché que le decía a mamá cuando aparecí en el comedor para almorzar. Yo les dije que la que hablaba japonés se llamaba Mitsuki y que era hermosa. Papá me miró como preguntando: “¿Vos la conocés?”, y le salí al cruce antes de que me lo dijera. Le aclaré que nunca la había visto, solo que Hiromu me había contado que era hermosa. Y me creyó: soy el único de la familia que entiende el español retorcido de Hiromu.

Terminé de decir eso y mamá se levantó de la silla, dejó el plato con albóndigas, salió del comedor y se metió en el baño. El plato de papá también estaba lleno de albóndigas. Él apoyó el codo al lado del plato, se llevó la mano derecha a la frente y empezó a rascarse entre los pelos. Entre papá y la mesa, se hinchó el mantel de hule anaranjado, el codo de papá quedó en el aire, apareció el hocico de Capitán y le pasó un lengüetazo por la oreja. Le dio una albóndiga y el perro se fue a comerla al patio. Detrás del perro, salió mi papá. Me quedé solo. Comí cuatro albóndigas, me puse el guardapolvo y me fui a la escuela.

La cara de Hiromu tiene manchones rojos. Cuando viene de conversar en japonés con Mitsuki, siempre llega con la cara colorada y tarda un buen rato en volver a tener el color de siempre. Papá aparece en el negocio, me pregunta cómo me fue en la escuela, le digo que bien y se arrima a Hiromu para tomar mate. No hablan, solo se oye la chupada del mate. Hiromu hace más ruido que papá cuando chupa de la bombilla.

Papá no se dio cuenta de que falta una cámara Kodak Instamatic de la estantería. Hace dos horas, vino un cliente justo cuando Hiromu tenía que irse a la plaza. El cliente se quedó adentro del negocio y yo, que recién llegaba de la escuela, lo atendí y le vendí la Instamatic.

Le digo a papá que Hiromu vendió la cámara que falta en la estantería y mi papá deja de tomar mate, se levanta y va a la caja para liquidarle la comisión por la venta. Saca billetes de la caja y se acerca a Hiromu: *con esto vaya a comprarle algo a esa que solo habla en japonés, así le da una alegría, porque también va a tener que decirle que no voy a poder emplearla, acá no tengo lugar para una empleada.*

Hiromu deja de chupar la bombilla, apoya el mate sobre el mostrador y agarra la plata. *Hágame caso, a las chicas les gustan los regalos.* Hiromu no abre la boca.

Papá le pone la mano en el hombro. *Lo peor que le puede pasar en esta vida es que se le vaya una novia, haga lo que tenga que hacer*



para no perderla, le dice, separa la mano del hombro de Hiromu y se la lleva al pecho.

Los ojos y la boca de Hiromu son dos líneas paralelas. Los ojos de mi papá se ponen acuosos, como cuando está con gripe y no para de estornudar. Saca el pañuelo azul de tela que siempre tiene hecho una pelota, se seca los ojos. A mamá no le gusta que, después de usarlo, él no lo doble con los pliegues que ella le planchó. Yo creo que, para no discutir con mamá, para no doblarlo como ella quiere, siempre se seca los ojos cuando ella no está.

Papá se mete el pañuelo en el bolsillo. Hiromu camina hasta la puerta, sale a la vereda y se sienta en el borde de ladrillos del cantero que rodea la base del tronco del plátano. Ya casi no hay sol, pero él se las ingenia para sacar pulgones de las hojas del malvón.

Mi papá algo debe saber de los encuentros de Hiromu con Mitsuki en la plaza San Luis, porque la semana pasada el viajante de Kodak, que trae los revelados de las fotos desde Buenos Aires, vino con el cuento de que había visto a Hiromu sentado en un banco de la plaza y yo no lo dejé seguir hablando. Le dije que no tenía que venir con chusmeríos al negocio, que si venía otra vez con cuentos de ese tipo, le sacábamos los revelados y nos íbamos a trabajar con el comisionista del laboratorio Agfa.

El viajante metió violín en bolsa, papá me pasó la mano por la cabeza y le preparó los sobres con los rollos para revelar.

A mí no me parece bien que se hable con otro de la chica que te gusta. En la escuela, andan todo el día preguntando quién es tu novia o tu novio, y, tanto hinchán con eso que, al final, mis compañeros terminan diciendo que alguien es su novia o novio para que no le pregunten más. No sé por qué todo el mundo quiere saber quién gusta de quién.

El lunes pasado, una chica de 4º me preguntó quién era la novia de mi papá. Ella siempre lleva fotos a revelar a nuestro negocio. No le respondí y me zamarreó del brazo para que le contestara, y yo agarré una pelota de fútbol que había en el patio de la escuela y



se la tiré en la cara. Le salió sangre del labio, se fue llorando al baño y no me volvió a preguntar. Ella no quería que le dijera quién era la novia de mi papá, que, obvio, es mi mamá. Ella seguro escuchó algo de Hiromu: era cantado que después de que le dijera que la novia de mi papá era mi mamá me iba a preguntar por la novia de Hiromu. Yo nunca voy a decir quién es novio de quién.

Hiromu entra al negocio, deja la puerta de calle abierta. Camina hasta el mostrador. Papá va hasta las llaves de luz, las baja. Al negocio solo lo iluminan el velador de la caja y el alumbrado de la calle. Hiromu se queda parado entre el mostrador y la vidriera: por el bolsillo derecho del pantalón se ven las puntas de los billetes que papá le acaba de dar por la venta de la Instamatic. Mira a papá, pero no dice ni una palabra, ni siquiera lo escucho respirar.

La puerta entreabierta deja pasar una brisa. La correntada viene con ese perfume de las flores de los tilos. Hiromu tuerce el pescuezo, mira hacia la puerta, como si alguien lo hubiese llamado desde la calle. No veo a nadie en la vereda. Hiromu gira y sale del negocio sin mirarme. En la vereda, se monta a la bici.

Le voy a avisar a papá que Hiromu se fue del negocio, que para mí él debería haberle preguntado qué quería cuando, hace un segundo, lo tuvo parado al lado de él. Pero está concentrado en los cálculos del cierre de la caja y me tiene prohibido interrumpirlo mientras hace los números.

Camino apurado hasta la puerta, piso la vereda y lo veo más allá de la esquina. Pedalea por la calle que lleva a la plaza San Luis. Me da un dolor horrible en el pecho y hago como mi papá: me paso la mano por el pecho, me lo acaricio y junto aire para gritarle bien fuerte. Quiero que vuelva, pero me quedo con su nombre atragantado porque a Hiromu se lo traga la noche.



El día que el Lobo jugó en Corrientes

JULIETA NOVELLI

El día que el Lobo jugó en Corrientes, el micro tenía parada obligada en el santuario del Gauchito Gil. Era un día hermoso, porque el cielo estaba celeste y no había humedad. El micro se paró al costado del camino, así como así, como si la ruta fuese el playón de estacionamiento de un supermercado. Bajé con el Oso y me puse a inspeccionar los precios de cada muñequito, cada llavero que vendían en los puestos. Lo que más salía eran los cigarrillos y las botellas de vino, porque parece que eso le gustaba al Gauchito y, si se los dejabas, las chances del milagro aumentaban rotundamente. Después vendían un montón de tortas, de esas que parecen de crema de aerosol, y termos de café. Yo no quise tomar nada.

Saqué un turno para ir al baño que me costó dos pesos. El baño estaba del otro lado de la ruta, atrás de una fábrica de ladrillos. No había ninguna puerta que llegara hasta el piso y tuve frío. En la fábrica, todos sabían sostener la mirada de los turistas. Cruzar la ruta fue de héroes y lo hice muy bien con la seguridad que me generaba tener la capucha puesta. Cuando volví, el Oso no estaba más en los puestos de comida, tampoco en el de llaveros ni en el de velas. Me fui hasta el de los quesos y salamines, que estaba bastante lejos, pero tampoco.

El micro permanecía cerrado y el chofer estaba abajo hablando con los correntinos, como en un stand up entre muñecos y hombres tristes. Me compré una estampita y me senté a esperar que todos aparecieran. Muy roja la estampita, no iba con nosotros.

Me acerqué al santuario. Al principio, me daban risa los agradecimientos desbordados, colgados en cualquier parte: un alambre,



una columna, tirados en el suelo, tallados en las paredes. Buscaba, por detrás de los altares, a los encargados de llevarse las ofrendas y fumarse todos los cigarrillos o, mejor, de volver a colocar todo a la venta en los puestos, y sería un comercio de lo más increíble el de los chicos de Corrientes.

Después, la conmoción. Estaba conmovida y empecé a entrar y a entrar, a leer cada uno de los mensajes, a mirar cada sacrificio. Me pareció de cuentos que hubiera una sala techada y cerrada en donde se guardaban las cosas que, según sus servidores, el Gauchito más apreciaría: los vestidos de novia, los pelos largos colgados como de perchas, los triciclos percutidos por el tiempo, las camisetas firmadas por todo el plantel de la selección argentina. Seguí caminando, estaba atravesada, quería quedarme ahí para siempre, ahí había algo de lo más parecido a una verdad. Los desbordes, la convicción, los sacrificios, el flujo imparable de gente me hacían pensar que qué bueno ser el Gauchito Gil, ¡qué bueno! Que el mundo había sido generoso por regalarle a un ser humano no del todo ejemplar un lugar entre los santos, la posibilidad del amor, de vivir lo que vive Dios, su hijo y sus amigos. Qué generoso el mundo que deja que esto pase en la tierra correntina.

Cuando subimos al micro, todos estábamos cambiados, como cuando se termina de hacer deporte o de ver una buena película o de escuchar un buen recital. Algo nos había descolocado. Antes de arrancar, el chofer —el menos atravesado por ser de la zona— puso un CD de Los Palmeras que nos permitió a todos disimular el llanto, bajito, entre los asientos.



Akasha

SOLEDAD FERNÁNDEZ

Según el hinduismo, el Akasha es aquella sustancia etérea más sutil y frágil. Constituye el poder espiritual de carácter omnipresente, que se encuentra en todo el universo y es la energía con la que se forma el espíritu. Sería el vehículo de la vida y de la muerte.

Cierro mis ojos para descansar. La luz de la cabina es muy fuerte y me molesta. O quizás solo estoy fatigada. El tren arranca tras cerrar sus puertas. Tiene un andar suave, delicado. El sonido de las ruedas sobre las vías es un canto arrullador. Miro por la ventana y, a pesar de la velocidad, logro ver el cielo. “Estamos en un puente muy alto”, pienso. El horizonte es naranja, luminoso. Abajo hay destellos de luz que rebotan por todos lados. Siento el aire que me rodea, me eleva, y vuelo como un pájaro. Extiendo mis brazos, mis dedos se deslizan por el espacio. Se convierten en alas y la libertad es mía. Cuando doy vuelta con mis alas, rozo algo y vuelvo al tren como quien despierta de un sueño. “Podría jurar que estaba sola”, digo con una sonrisa. Pero mi acompañante no dice nada. Ni siquiera me mira.

La puerta se abre de golpe y me saca del ensueño. ¿Cuánto hace que estoy sentada? No lo sé. Pero, por alguna razón, no me importa... al menos no por ahora. Estoy en un moderno tren. Es cómodo y placentero viajar, aunque creo que es la primera vez que lo hago. Sí, y me despierta una inmensa curiosidad.

Miro hacia la puerta que se abrió segundos antes. Hay un árbol naranja lleno de frutos rojos, brillantes. La luz del sol atraviesa el follaje, lo enciende. Pienso en el fuego, en lo caprichoso de la naturaleza. Siento un abrazo cálido y digo: “Me encanta ese lugar”. Sin embargo, no me levanto porque no es mi parada. ¿Cómo lo sé? No tengo idea.

Mi sonrisa se borra. El silencio me hace sentir incómoda, aunque intento no demostrar nada. Con ese malestar, miro otra vez por la ventanilla. Ahora el tren apenas se mueve.

“¿A dónde voy?”, me pregunto. “¿Acaso importa?”, escucho. Miro a mi acompañante pensando en que quizás sea quien respondió. De alguna forma, pensar en eso es casi como tener ilusión de algo. De que no estoy tan sola, quizás. Pero sigue en su estado de petrificación. Vuelvo a pensar si es importante saber a dónde voy, a dónde vamos. Pero me importa más esta nueva sensación de desamparo.

Un sacudón. El tren toma una curva a gran velocidad. Acelera, da vértigo. Desciende de las alturas como si se tratase de una montaña rusa. El mareo es horrible, y fijo la mirada en un cartel pequeño que tengo frente a mí. Sus letras son de color azul y el fondo, rojo. Creo que lo que allí está escrito es importante. Lo leo varias veces, tratando de entender el significado: “No se mueva del asiento hasta que llegue a su destino. Solo cuando llegue a su lugar se podrá mover”. Es un extraño juego de palabras. Sobre todo, porque no sé a dónde voy. Pero hago la prueba, intento pararme. Imposible. Algo me mantiene pegada al asiento.

La puerta se abre una vez más. Es invierno afuera. Pienso en vacaciones en la montaña, en muñecos de nieve, en chocolate caliente. Es una sensación que me envuelve. Siento el aroma a pino y la calidez de una caricia. Veo la nieve esparcida hasta el horizonte y un cielo gris, encapotado. Me invita a pensar en reuniones al pie de una enorme chimenea. Pero mi corazón dice que aún no debo descender. Miro a mi acompañante y sigue igual. Es como una estatua de mármol pulido. ¿Cómo puede quedarse así todo el tiempo?

Observo su piel. Sé que es suave y que sus ojos son claros. También sé que en la mejilla derecha tiene una cicatriz pequeña. Tengo la certeza de que así es. Quiero hablarle, pero el tren se sacude con violencia y otra vez el cartel que se cruza. Me devuelve una preocupación. “¿Y si necesito ir al baño?”, pienso. Miro el resto del vagón. Hay varias personas sentadas que observan hacia el frente. Están concentradas, son obedientes.



En cada estación, un grupo se para y baja. El paisaje los absorbe, desaparecen, se integran al lugar. Pero a nadie le importa eso. Solo a mí, que necesito respuestas.

Otro cartel se enciende. Tiene letras enormes. “Atención”, dice. “¿Atención a qué?”, le pregunto a mi acompañante. Nada. Solo la palabra en rojo. Y me siento atrapada. Nadie me dice qué pasa y quiero llorar, pero ahogo el llanto en mi garganta. No quiero demostrar debilidad. Respiro hondo. “Pensá”, me digo. Miro otra vez el cartel y sé que todos están hipnotizados por esas palabras. Están a la espera de algo, de una orden. Sí, esperan que se complete el mensaje, que nos digan a qué tenemos que prestar atención. Pero el tiempo pasa y nada sucede.

La puerta se abre y ahora es verano. Me inunda la brisa de la playa, la fresca del mar espumoso. Me veo recostada en la arena con unos lentes oscuros y un libro de suspenso. Hay castillos de arena y gaviotas. Me observa feliz y una sonrisa se me forma sin querer. “Me gusta acá”, pero no puedo moverme del asiento. No aún.

Una voz en el altoparlante habla y me saca del encantamiento de verano. Repite lo del cartelito. “No se pare antes de su destino. Solo entonces, cuando llegue a dicho lugar, podrá dejar el asiento”. Es una versión más amable que no aclara nada. No me convence.

Mi mente se llena de preguntas otra vez y maldigo a esa voz. “Hubiese sido mejor pensar en la playa durante todo el viaje, es más relajante”, digo. “Sí, lo es”, me contesta. Estoy segura de que me habló. Ya no puede negarlo, aunque no se inmuta. ¿Y si su cuerpo es una prisión? “No lo creo”. Me quedo estupefacta. Puede escuchar mis pensamientos... o me estoy volviendo loca.

Pienso en otra cosa. Cerca de la puerta hay un plano de las estaciones. Están numeradas en lugar de tener un nombre: 11-3-45; 25-6-70. No hay relación alguna entre los números.

Pero ¿debería haber alguna relación? Cada vez que intento entender el entorno, una nube aparece en mi mente y me altero otra vez. Quiero llegar. Quiero bajarme de este tren en el que nadie

me explica nada. “No hay nada que entender”, escucho, y vuelvo a mirar a mi acompañante. Sé que lo dijo, pero su rostro sigue rígido como las piedras. “¿Me hablás a mí?”, le pregunto, y solo parpadea. “¡Te estoy preguntando si me hablaste a mí!”, grito desahogada. Todo reacciona ante mi violencia y el tren se frena de golpe. El silencio retumba en mis oídos. Miro el suelo, avergonzada y triste. Suspiro. Intento volver a ser yo, pero es difícil porque no sé quién soy. Pasan los minutos. Hay muchas palabras en mi cabeza. El tiempo para, se detiene. El tren. La vida. Tomo coraje y levanto la vista. Sé que me miran. “Perdóñenme”, murmuro, y, como por arte de magia, el tren retoma el viaje.

Pienso si mi reacción fue desmedida, aunque estoy convencida de que lo extraño es lo que los otros hacen. O, mejor dicho, no hacen. Empiezo a creer que ellos tienen una información que yo no tengo. Que tal vez se me olvidó leer algo. Algún manual de instrucciones. Repaso los movimientos, lo que hice antes... pero no hay un antes. Solo una frase: “Disfrute del viaje. Su destino es único e irrepetible”. ¿Qué destino? Y si quisiera cambiarlo, ¿no se puede?

El cartel cambia y me arranca de este estado de desesperación momentánea. Ahora dice: “Próxima parada: 17-4-54”. No entiendo y mi pecho se acelera otra vez. El aire entra con dificultad. “Serenate”, siento como un suspiro en mi oído. Interviene sin que yo diga una palabra. “¿Me estás hablando a mí?”, pienso. “Sí”, escucho en mi cabeza. El miedo trepa por mi espalda, se instala en mi nuca, eriza los pelos de mi cuerpo. ¡Me quiero bajar! No me importa qué estación me toque, me quiero bajar del tren. Hago un esfuerzo para pararme, pero sigo pegada. Me observan. Cada par de ojos en el tren me mira.

Pero mi acompañante no. “Recordá esos momentos”, escucho, y lo intento, aunque no me alcanza. Ya no.

“Quiero pararme, quiero pararme”, repito bajito. Sé que la tormenta se va a desencadenar otra vez y que todo va a ser peor. Soy capaz de tirarme por la ventana, si es necesario. Y entonces, en

el momento más crítico, su mano toma la mía. Mi corazón se acelera, pero no por temor. ¿Por qué lo hace? ¿Me conoce? No sé. Estoy segura de que mi acompañante tampoco lo sabe. Pero ese contacto me hace pensar en el verano, el otoño y la primavera.

El tren frena y la puerta se abre. Es una casa. Una tele prendida. Hay una mesa y un café caliente. Sigue sosteniendo mi mano e imagino una película de viernes a la noche. Y risas, muchas risas. La puerta se cierra. El tren arranca. Sigo pensando que me quiero bajar, aunque desde que tocó mi mano, el peso de la situación es menor. “Próximo destino: 20-8-72”, escucho en el aire. Hermoso, me digo, aunque no sé por qué. Veo que un grupo de personas se para y se coloca junto a la puerta. Mi acompañante también lo hace y me mira de reojo. Sus pupilas se dilatan al encontrarse con mi rostro. ¿Le parecerá raro que yo sea yo? Vuelve a mirar hacia adelante, aunque ahora sus manos tiemblan. Sé que debo hacer lo mismo. Intento pararme, pero no puedo. Sé que me tengo que bajar. Lo siento, muy dentro de mí. Lo intento una vez más. El tren comienza a frenar. No tengo mucho más tiempo. Cierro los ojos y con el corazón acongojado decido pararme. Tomo el impulso del universo y en el segundo en que la puerta se abre me despego con violencia de mi lugar.



Cruzar la autopista

SALVADOR MARINARO

La autopista se extendía brillante ante los ojos de Mirlo, que inspeccionaba cada objeto desde las ventanillas del micro. Veía la Torre Conectora, las vías de accesos, la autopista de varios niveles en una partitura de concreto que avanzaba y salía de Capitalia. Mirlo empezó a enumerar los nombres de las conexiones en voz baja, como un mantra para aplacar sus nervios. Podía reconocer las calles en los carteles y recitar de memoria la ruta que una semana atrás había empezado a recorrer. Mirlo lo presentía, así comenzaba una historia de superación. Se veía a sí mismo volviendo a Tierra Adentro como un exitoso hombre del negocio de los neumáticos o, quizás, como un profesor de la Universidad Transitante.

—Ahí tenés tu Capitalia, nene. —La voz del chofer interrumpió la imagen de Mirlo, en la que volvía al pueblo manejando un sedán de cinco puertas. Sentado en la orilla de la escalinata que comunicaba la cabina del chofer con el primer piso del micro, él aceptaba los comentarios con la condición de ver la ciudad. El resto de los pasajeros dormía en el piso de arriba, desde donde llegaba la música de un arroyo. Esa era una política de la empresa de trasbordos que, según decía uno de los panfletos, incentivaba el sueño. Mirlo no había dormido desde la última estación, no quería perderse ni un segundo el espectáculo de la ciudad que se abría delante de él.

—Decime qué te puede gustar de este lugar —le dijo el chofer.

Mirlo había tomado tres micros, un tren rápido y un camión de carga para salir de Tierra Adentro. Ahora, sentía que las palabras del conductor eran una prueba más para llegar a Capitalia.



—Acá no se puede vivir —dijo el chofer, que examinaba a Mirlo por el espejo retrovisor—. Mirala bien, nene, en esta ciudad nadie vive bien.

Mirlo se agachó para esquivar la cortina de pana y ver la ciudad por el parabrisas. Pensaba que el chofer lo había hecho a propósito, que había esperado la hora justa de la tarde para entrar por la Autopista Oeste, cuando el sol lanza un estallido de colores entre los vidrios espejados de los autos, las torres de peaje y el manto del río. El viento de la tarde había dispersado la nube de polución y se veía nítida la Torre Conectora, centro de Capitalia, que reunía autopistas, ingresos y peajes como la cabeza de un pulpo. El atardecer brillante confirmaba la esperanza de Mirlo; después de dos semanas de viaje, estaba allí. ¿Qué podía salir mal?

El chofer le regalaba esta postal para que él la grabara a fuego en su cabeza. Por eso, no lo interrumpió, dejó que continuara su prédica de inseguridades, falta de oportunidades y abatimiento que “hacen a la vida de todo capitalino”. Mirlo sabía que los dos se oponían en algo fundamental: la ciudad podía ser el infierno de la velocidad o el paraíso de la autosuperación de un muchachito débil, nervioso, que se perturbaba cuando un desconocido le preguntaba su nombre. No había grises ni tonalidades. Tan solo una sensación en el cuerpo que te hacía amar u odiar Capitalia. Y allí, Mirlo advertía en lo profundo de su estómago que se había enamorado de la ciudad, de ese retrato que se proyectaba en el parabrisas, mientras continuaba el parloteo del chofer.

—Una vida sin descanso, nene. Imaginate no parar un segundo. No sabés cómo es vivir acá.

Una semana atrás, uno de los camioneros de Tierra Adentro le había dicho la misma frase: “No sabés cómo es la vida allá”. Él conocía los informes tremendistas que pasaban en la televisión y había leído todo lo que tuviera a su alcance sobre la ciudad, las autopistas y cómo llegar desde Tierra Adentro. Los camiones aparecían en la época de la cosecha y desaparecían tan rápido como habían llegado.

Mirlo tuvo que sobornar a uno de los camioneros para que lo llevara fuera del pueblo. De pocas palabras, el camionero solo apuntó a decirle que “cada vez están más jodidos con las migraciones”, y lo dejó en las afueras de Conexión 23, donde los controles eran más laxos. Allí, podía tomar un tren rápido para Nódulo Norte y buscar las conexiones para llegar a Capitalia. Los micros cambiaban de tamaño a medida que se acercaban a la ciudad, el número de pisos ascendía y se volvían cada vez más complejos y sofisticados. El último tenía varios acoplados, dos niveles, sistema de purificación y pasaba música para dormir a los pasajeros.

Ahora la imagen de la ruta interminable se extendía, daba varias vueltas en círculos y mecía a Mirlo hasta hacerlo cabecear del sueño.

—Además, ¿qué pito vas a tocar en Capitalia sin auto? —Mirlo se despabiló. El chofer había dado en la tecla, el punto más débil del plan que, lo reconocía, no estaba resuelto. Le contestó que un primo le había ofrecido su auto, porque quería mudarse a un compacto familiar. La esposa estaba embarazada y habían buscado algo más grande para vivir cómodos los tres. Mirlo podía utilizar el auto de soltero hasta que consiguiera un trabajo y comprara el suyo. Escuchar su historia, que sonaba tan verosímil, lo satisfacía como si fuera cierta.

—¿Y de qué pensás laburar en Capitalia? —La respiración del chofer se confundía con el ruido del sistema de purificación. Una pantallita marcaba un índice en letras rojas.

A Mirlo le hubiera gustado decirle: “Voy a hacer la mía”, un gesto de valor para mostrarle al chofer que era inútil seguir discutiendo. Eso pensó, pero, en cambio, dijo con voz nerviosa un tímido:

—Ya veré.

—Ya veré... —repitió el conductor—. Decime que no pensás terminar en un peaje...

Mirlo se quedó callado. Vio por la ventana el borde de concreto de la autopista. En los niveles inferiores, los autos deportivos,

familiares, colectivos de trabajo se acoplaban y desacoplaban en un baile: el fluir constante de Capitalia.

Mirlo fue uno de los últimos jóvenes que dejaron Tierra Adentro. Antes que él, el menor de los Giuliani se había ido a Nódulo Sur para trabajar en una de las purificadoras. A partir de ese momento, Mirlo vio cómo el pueblo envejecía con rapidez. Sus vecinos se iban transformando, las vértebras de sus columnas se encorvaban sobre sí mismas y sus frentes se arrugaban como el cuero al sol. Pronto, casi todo el pueblo necesitó andadores para caminar. Al viejo Antonino lo encontraron muerto en la puerta de su casa, parado como una estatua.

A veces, la televisión satelital pasaba documentales sobre los “últimos pueblos sedentarios”, donde la vida era a pie y en un solo lugar. Reproducían imágenes de Tierra Adentro, mientras Mirlo se imaginaba a sí mismo en un sedán familiar en Capitalia. Esa sensación de verse duplicado en la pantalla de televisión hizo que se decidiera. Por eso, le contestó que no al menor de los Giuliani cuando le propuso que lo acompañara a Nódulo Sur. Le dijo que su madre lo necesitaba.

Después de la muerte de su esposo, la madre de Mirlo optó por la vía menos esforzada para morir: el mutismo. Lo hizo de a poco, cada día restaba una palabra y una sílaba a la extensión de sus frases.

—Buen día, vieja.

—Buen...

—¿Cómo te levantaste hoy?

—...

Mirlo registraba cómo su madre se sumergía en el silencio, contaba las palabras que decía por día, hasta que sus respuestas se volvieron simples exclamaciones que parecían emitidas por un animal. Los días de su madre se resumían en levantarse, caminar con el andador hasta el sillón del living, encender el televisor y ver las repeticiones de las carreras de caballos. Entre carrera y carrera, pasaban un tango.

Mirlo esperó a que una de las carreras de caballos terminara para explicarle la decisión a su madre.

—Le dije a la viuda de Antonino que me avise si te pasa algo.

— ...

—No bien tenga un teléfono, te llamo.

— ...

Al ver los ojos de su madre, como un disco gris hecho de cenizas, se convenció de que irse era lo mejor. No podía llevarla, ni detenerse junto a ella. Menos aún si pensaba llegar hasta Capitalia. Le besó la frente y salió de la casa.

Aprovechó la cosecha para irse. Había reunido algo de plata con los trabajos en el almacén —Mirlo era el único que podía cargar y descargar los sacos de harina y alcanzar las latas en lo alto de las repisas— y se fue cuando el camionero aceptó llevarlo. En Conexión 23, compró un mapa con el tendido de trenes, micros y rutas que iban a Capitalia y pasó los días estudiando el camino que debía seguir.

Mirlo ató la cortina de pana para que no volviera a taparle la vista. Después de calcular por días las conexiones, estaba en la ciudad. Iba a llegar a la Torre Conectora y, de allí, solo tenía que buscar el primer peaje que lo recibiera (“Siempre necesitan gente; pero hay que bancarse la vida encerrado”, le había contado un hombre obeso sentado en la butaca de al lado en el tren de Conexión 23). El chofer había tomado por una de las laterales, así que la panorámica de la ciudad aparecía en uno de los costados del micro. Frenó en un semáforo, la cola de autos que se amontonaban no dejaba ver el asfalto de la autopista.

Mirlo revisó los autos de varios pisos, con familias enteras, recién levantadas, un par de oficinistas llevando carpetas en la mano de un lado a otro. La sensación de estar detenido en un lugar donde solo se puede acelerar lo puso nervioso. El chofer tocó la bocina y abrió la ventanilla:

—Muévanse —gritó, mientras se filtraba un aire seco, arenoso. Mirlo escondió la tos.

—¿Ves? Ni te aguantás dos segundos este aire. ¿Qué vas a hacer acá?

El chofer dobló en la colectorá y aceleró por uno de los niveles inferiores. Mirlo se sostuvo contra una de las paredes y volvió a sentarse en la escalinata. Solo podía ver un túnel de concreto que se prolongaba con luces artificiales. Suponía que estaban en Zona Este y que tardarían una hora en llegar hasta la Torre. Quizás menos. Se detuvieron en un peaje, el chofer estiró la mano para dar un par de monedas al empleado detrás de la ventanilla.

—Pobre pibe —dijo el chofer. Mirlo vio por la ventana a un empleado con la cara estriada y obeso hasta el límite. El chofer tomó por una circunvalación que ascendía y cambió de carril donde una flecha luminosa indicaba “Hacia el Centro”.

—Vas a tener que subir y agarrar tus cosas. Cuando lleguemos a la estación, no vas a tener tiempo —le dijo.

Mirlo sintió que había estado practicando para este momento. Se paró y vio por última vez a través del parabrisas. Reconoció a lo lejos una de las entradas de la Torre, entre los portones que se conectaban con la autopista. Ya estaban cerca. Subió al piso superior, tomó aire y buscó su bolso en una de las guanteras, mientras escuchaba por los parlantes la voz distorsionada del chofer. Faltaban pocos minutos para detenerse, la compañía no se responsabilizaba por los objetos que dejaran los clientes en el momento de la expulsión, ni tampoco si alguno de ellos se detenía más tiempo del estimado. Mirlo buscó su bolso y lo sostuvo con fuerza. Cuando el micro frenó y se acopló en uno de los portones de ingreso, el chofer lo saludó a través de la ventanilla con dos dedos en la sien.

Mirlo puso el pie en la planta baja de la Torre y una estampida de pasajeros, que se había amontado detrás de él, lo empujó hacia delante. El micro arrancó de inmediato cuando todos estaban abajo. Los pisos de la Torre se multiplicaban en una espiral hacia la cúpula

de vidrio, por la cual entraba la luz del sol. Él sintió que por fin estaba allí, en el Centro, parado entre las multitudes que bajaban de los autos y micros y corrían a la siguiente conexión en un movimiento constante que, así lo sentía Mirlo, había sido sincronizado para que él lo viera. Su fascinación iba en ascenso, como las pantallas hacia el centro de la cúpula, donde una modelo anunciaba una marca de neumáticos, aceites refrigerantes y pastillas para dormir que aseguraban la “estabilidad de su familia”. Se vio, como si fuera un pájaro, entrar por una de las ventilaciones de la cúpula y recorrer los pisos en picada desde el techo hasta llegar adonde él estaba parado. El aire filtrado se mezclaba con una corriente seca que entraba cuando se abrían las compuertas.

—¿Qué hace detenido? —Mirlo salió de su visión de un salto.

—No puede estar detenido. —Dos hombres con uniformes daban vueltas alrededor de él, la única persona que estaba quieta.

—¿Cuál es su conexión? —La voz de uno de los uniformados se perdía en el movimiento en círculos. Los dos rodeaban a Mirlo.

—No puede estar detenido.

—¿Dónde están sus credenciales de transitante? —Mientras uno hablaba, el otro lo interrumpía. Mirlo no sabía a cuál de los dos dirigirse, ni en qué dirección hablar. Los uniformados no dejaban de dibujar círculos alrededor de él. Empezó a caminar hacia uno de los carteles que decía Barrio Oblicuo; los dos uniformados lo rodeaban sin tocarlo.

—Camine más rápido.

—¿Por qué se detiene?

—¿Cuál es su conexión?

Él no sabía qué decir. De repente, su plan se había quedado en blanco. Había visto desde la ventanilla del micro que uno de los peajes no estaba lejos. Pero ¿en qué dirección y cómo llegar hasta ahí?

—¿Dónde está su auto?

Mirlo se detuvo frente a una de las compuertas que se abrían y cerraban. La corriente de aire lo despeinaba. Podía ver, a lo lejos,

la casilla del peaje, donde los autos desaceleraban para pagar. Allí tenía que llegar.

—Ese peaje... —Mirlo no terminó la frase.

—¿Qué peaje?

—¿Dónde está su auto?

—Muéstreme sus credenciales.

Sabía de personas que se suicidaban así. Saltaban desde la estación hacia la autopista y morían en el acto, o cuando un colectivo las alcanzaba. Los capitalinos se quejaban porque detenían el tránsito y una porción de la ciudad quedaba aislada hasta que terminaban de limpiar. Siempre le había parecido una forma tonta de morir. Él no iba a detenerse ahora. Tan cerca. Puso el pie en el cordón y, cuando la compuerta se abrió, pegó un salto hacia la autopista. Sintió el golpe contra el concreto y el aire duro como un soplo de arena en la cara. Se puso de pie y empezó a correr en dirección al peaje. Siguió las líneas blancas y los carteles luminosos, mientras escuchaba los bocinazos de los autos que avanzaban.



Gran Capitán

PAULA BRECCIAROLI

1.

Quizás me esté olvidando de algo. Quizás necesito olvidarme algo. Miro la mochila, demasiado pequeña, y después repaso de una mirada la habitación. Las paredes se ven más descascaradas y la mancha en el respaldar de la cama, más oscura. Esa mancha que dibujó el rozamiento de nuestras cabezas durante ocho años ahora parece más evidente, una zona gris de nuestro paso por el tiempo.

2.

Me acomodo en el banco de la estación. La mochila entre las piernas. Trato de adivinar, por las formas, las encomiendas que están subiendo al tren. Una es una bicicleta fija; otra, la caja de un televisor; la tercera tiene forma humana. Podría ser una mujer envuelta en papel madera.

3.

Antes de subir, llamé a mamá. Le dije que estaba en un aeropuerto. Insistió con que este viaje me iba a hacer bien. Pero es ella la que querría subirse a un avión, para escaparse, para sentirse bien. No estar en su departamento oscuro de Barrio Norte, con mis gatos destrozándole los sillones a cambio de un perfume del Free Shop.

Un viaje así en tren le partiría el alma, a ella que ya la tiene partida con sus historias de pueblo, con tanta tierra que se tuvo que sacudir para llegar a ser una señora bien de tacos altos en la ciudad. Mejor es tener una hija que sube a aviones y viaja al exterior. Mejor ni enterarse de que Leo, el *hippie* con el que yo convivía, con el que



había planeado este viaje, es el que ahora está tirado, tomando sol en la playa de algún *all inclusive* en Brasil.

4.

En el vagón hay muchos asientos libres. El trayecto no parece ser muy popular en esta época del año. El calor se pega a la piel como una bolsa de plástico. No sé si subirá más gente en otras estaciones. Una señora me dijo que en algunos tramos del viaje tiran piedras y que por las ventanillas entra tanta tierra que uno sale como si viniera de trabajar en una excavación. No importa. Necesito hacer este viaje rumbo al norte, en tren. Sin necesidad de llegar a una ciudad hermosa. Solo viajar.

Al costado de las vías, pasan edificios de oficinas que conozco. Voy viendo cómo se desenrolla la ciudad. Los edificios altos desaparecen y ahora solo quedan casas bajas, cada vez más sencillas. Hace media hora que salimos de la Capital. El sol está más alto y entra en chanfle a picarme las rodillas. Las ventanas tienen persianas que se bajan, pero prefiero seguir mirando. Me gusta que las curvas del tren sean suaves. Creo que esta noche por fin voy a dormir bien.

5.

El viejo del asiento de al lado anota los nombres de las estaciones. Agarra el lápiz como un puñal. Aparece un andén. Se superpone al paisaje. Veo el cartel oxidado: RIVAS. Nadie se sorprende de que hace dos horas hayamos pasado por la misma estación. Estamos en Rivas otra vez. Ahí está de nuevo la señora en silla de ruedas. Cuando el tren arranca, afirma las manos y empuja con fuerza. Trata de correr a la par del tren, jugándole carreras. Hay tres chicos que se ríen de ella. Antes no los había visto. Están parados de menor a mayor.

Debería ir a buscar al guarda para pedirle explicaciones. Miro el mapa. Rivas tachada, a las 11:45 hs. Malvasio es la que sigue. Anoto Rivas, 13:45 hs.

6.

Cuando salí del baño me encontré con el guarda en la puerta, mirándome serio. Me dijo que no estaba permitido fumar en los baños y, sobre todo, en el de mujeres, porque ahí llevaban a los niños. Me indicó que saliera al final del último vagón. También me avisó que el comedor estaba cerrado. Cuando le pregunté cómo iba a hacer con la comida, me dijo que eso me lo deberían haber informado en la boletería. Se dio vuelta y me dejó con todas las palabras en la boca. Cuando la estaba abriendo otra vez, pensé en mamá y una carcajada se me atragantó.

Salgo a buscar el final del tren para fumar y paso por el vagón comedor. Desde la puerta, me quedo espiando. Se pueden ver las mesas y unas cortinas verdes que se mueven con el viento. Cuando dejan entrar un poco de luz, se ve todo lleno de tierra. Algunas telas de araña brillan entre las patas de las sillas.

Sigo caminando y paso por otros vagones bastante vacíos. Hay uno con todas las persianas cerradas, donde solo se escuchan ronquidos. Suenan en ritmos diferentes, algunos nasales, otros de bocas abiertas. Se interrumpen y se responden en la oscuridad.

Paso de largo hasta el final del tren. Es un espacio como un balcón. Pienso en cuántos fumadores puede haber en el tren. La chapa del vagón todavía está caliente, pero es agradable el calor en la espalda. Las vías se estiran bajo el tren. El último reflejo del sol, a lo lejos, las hace resplandecer. Se acerca la primera noche.

7.

Desde que me desperté, no pasamos por ninguna estación. Para distraerme del hambre, me pongo a mirar por la ventanilla. Veo aproximarse un puente enorme, con tensores de acero que caen como rayos desde las columnas laterales. El tren empieza a pasar sobre el río por una trocha angosta. A los costados, el reflejo del agua enceguece. Me dejo encandilar por lo que queda atrás.

Me voy al balcón fumador con el libro que estoy terminando y los cigarrillos. Me siento en el piso y me duermo. Cuando me despierto, veo a un pibe sentado al lado mío. La gorra le tapa los ojos. Atino a pasarme la mano por el borde de los labios buscando restos de saliva seca. “Martín”, me dice. Y agrega: “Si no cenaste, tengo una lata de atún en el vagón”. Recién entonces me doy cuenta de que mi estómago está haciendo ruido. Seguramente, desde antes de despertarme. Él termina su cigarrillo y entra. Me demoro un rato más; no sé por qué dudo de si es una invitación.

Me acerco a su asiento y me alcanza la lata abierta y una cuchara de plástico. “Gracias”, digo sin saber qué hacer. “Cuando paremos compro algunas más”, agregó. Me quedo quieta en el pasillo un rato, pero vuelvo a mi asiento.

8.

Pasó el segundo día y no nos detuvimos en ninguna estación. Recién pasamos por una que se llamaba E. Madueña, sin disminuir la velocidad ni tocar bocina. Apenas pude leer el cartel oxidado, en el andén había una sola lámpara. A los alrededores, ni siquiera se veían postes de alumbrado público. Me puse a pensar en nombres con E: Eugenio, Evaristo, Ernesto, Esteban. Hércules es con H.

En el vagón que está todo oscuro, se escucha un solo ronquido, amplificado, como si todos se hubieran puesto de acuerdo. Pienso en ranas.

No hay ninguna estación que se llame E. Madueña en el mapa. Deberíamos llegar mañana a la mañana, pero no puedo ubicar dónde estamos. Afuera solo se ven campos con yuyos secos. Hace mucho calor, me quiero bañar.

9.

¿Cuánto puede sobrevivir un cuerpo sin comer? Tomo agua de la canilla. En el vagón, evito hacer contacto visual con el pibe de

la gorra. Me da vergüenza no poder comprarle una lata. Quizás era la última que tenía.

Me sigue doliendo el cuello. Pensé que nos íbamos a poder bajar en alguna estación y que iba a poder comprar aspirinas, pero el tren no se detuvo. El chico de la gorra duerme. El cuello le cuelga hacia atrás y su cabeza se sacude.

Me despierta el guarda a los gritos diciendo que el tren está demorado. Que no vamos a llegar mañana, que nos mantienen al tanto. Le respondo que no puede ser que no sepan cuándo vamos a llegar. Se va sin contestar. Abro la boca, me siento un pez sin aire cuando la vuelvo a cerrar.

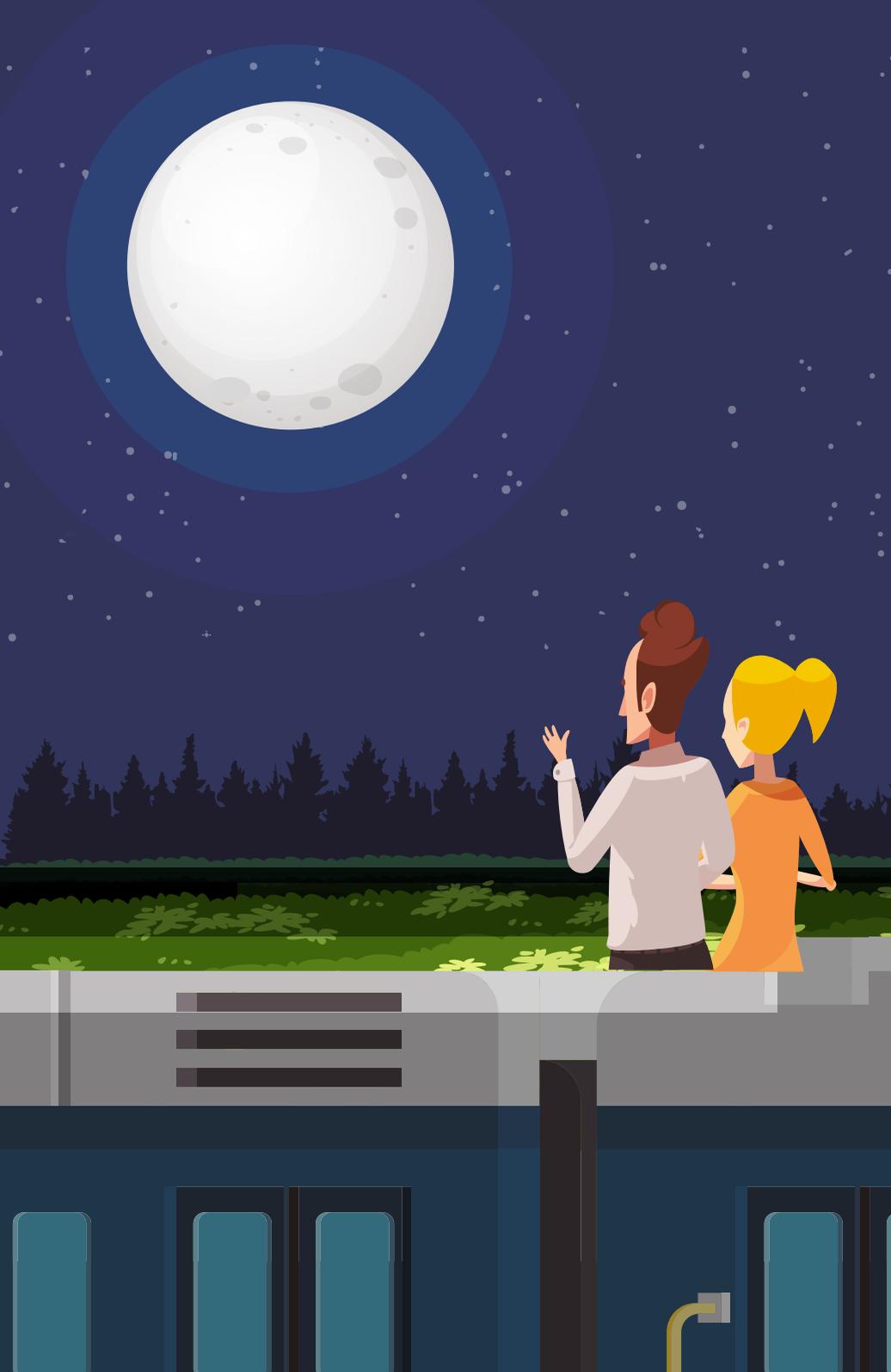
10.

Llueve. Empezó como un ruido de tiros. Pero el ruido se fue volviendo homogéneo, absoluto, contra el techo. No se escucha nada más que el estallido entre la chapa y la tormenta. A lo lejos se ven rayos. Cualquier rayo podría alcanzarnos.

Para de llover y decido ir a fumar. El pibe de la gorra está sentado en el suelo del balcón. Nos quedamos con los pies colgando, descalzos, y los yuyos de las vías nos hacen cosquillas. En el refucilo de las pitadas del cigarrillo, le veo la cara. “¿Subimos?”, me dice señalando una escalera de metal.

“Me voy con mis compañeros de trabajo a Brasil”, me había dicho Leo. Con esa frase había dado por terminada nuestra relación. El mochilero con el que iba a hacer esta expedición en tren me avisaba que se iba a Brasil. No hizo falta que me contara que había reservado un hotel y que sus compañeros de trabajo eran solo una compañera, teñida de rubio. De eso me enteré por mi cuenta después.

“Podés irte de vacaciones, si querés”, había sido la oración con la que yo había terminado nuestra relación. Esa misma noche



saqué este pasaje. Cuando volví, él ya había apilado sus cosas en el sillón del living. El aburrimiento nos había estado mordiendo los talones. No lo habíamos intentado todo, porque no nos habíamos dado cuenta de que ya no teníamos ganas.

Ahora estoy en el techo de un vagón del tren. La humedad se me pega en la piel. La luna tiene un anillo alrededor. El techo de metal brilla como si estuviera sobre un espejo o sobre el agua. El campo pasa como una película sin colores. Solo se diferencian los contornos de grupos de árboles en el horizonte. “Estamos a la altura de Viñas”, dice Martín. Los pelos de los brazos le brillan con el reflejo de la luna. Quisiera agarrarle la mano. Esa mano enorme que descansa sobre el techo, como un animal muerto.

Me acuesto y me pongo a buscar las estrellas que conozco. Quiero mostrarle el perro de Orión, la Cruz del Sur, las Tres Marías. No sé los nombres de muchas estrellas. Igual le señalo el cinturón de Orión. Se queda mirándome, como si tuviera que darle una respuesta. Me quedo callada. Se acuesta y acerca su cabeza a la mía. “El hilo se corta por lo más fino”, dice. La sangre me late en los oídos. Él mira el cielo, mientras sigue fumando. Levanta la mano para tapar la luna.

No hay apuro, pienso, siempre se llega a algún lugar.



Biografías



GILDA MANSO nació en Buenos Aires, en 1983. Gilda cuenta que, cuando iba a la escuela secundaria, leía todo lo que llegaba a sus manos. “Leía todo, con hambre”, nos dice. A los profesores les caía bien: como la veían leer, pensaban que le gustaba estudiar. Pero, en realidad, Gilda pensaba que estudiar le quitaba tiempo para lo que verdaderamente quería hacer: leer y leer.

Publicó los libros de cuentos breves y microficciones *Primitivo ramo de orquídeas*, *Matrioska* (en Argentina y México), *Temple*, *Temporada de jabalíes* y *Flora y fauna. Antología personal de microficción* (en Argentina y Perú), y las novelas *Mal bicho* (en Argentina e Italia) y *Luminosa*. También la serie de libros *La historia argentina contada por mujeres*, que publicó junto con la escritora e historiadora Gabriela Margall, y el libro de cuentos breves *Los bordes del mundo*. El texto elegido para esta antología pertenece a dicho libro.



JUAN GUINOT nació en Mercedes, en 1969. Cuando estaba en primer año del secundario, se anotó para ir a pelear en la guerra de Malvinas. Solo por casualidad, más adelante, tuvo una novia llamada Malvina, pero no es casual que su libro *La Guerra del Gallo* cuente la historia de un joven que quiso ir a combatir a la guerra. Esa novela, junto con *Descenso brusco*, fueron editadas en España. Juan escribió también la novela infantil *Chacharramendi* (ganadora del Premio Sigmar de Literatura Infantil y Juvenil 2015), la novela juvenil *Misión Kenobi* y el libro de cuentos infantil *Dos al vuelo*. Es dramaturgo y realiza espectáculos de narración de sus cuentos. Cuando le preguntamos qué recuerdos tenía de su escuela secundaria, nos contó que había participado del Centro de Estudiantes, que jugó al vóley en la selección de su ciudad y que los últimos años estuvo de novio con una chica de su misma división.



JULIETA NOVELLI nació en La Plata, en 1991. Trabaja en escuelas secundarias como profesora de Literatura. Cuenta que, cuando era alumna, se sentaba siempre en el fondo con sus amigos Cami, Yas y Juan. No le gustaba faltar a la escuela o llegar tarde porque sentía que se iba a perder algo que nadie iba a poder transmitirle, como si se saltara una página de un libro o leyera un resumen.

A Julieta le gustaba hacer muchas cosas por fuera de la escuela. Especialmente de noche, se quedaba leyendo, escribiendo o mirando películas. Además de profesora, Julieta es escritora, actriz y socia del club Gimnasia y Esgrima de La Plata. Publicó los libros *Al pajarito, pajarito de las fotos y otros poemas* y *Volver para mí*, y sus textos forman parte de las antologías *Poesía*, *Textos II* y *Constelaciones*.

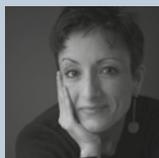
62



SOLEDAD FERNÁNDEZ nació en La Plata, en 1976. Es médica y escritora. Soledad nos cuenta que desde los 9 años sabía que quería ser médica, pero nunca pensó que iba a ser escritora. Antes de comenzar la escuela secundaria, quería que esos cinco años pasaran rápido, para poder estudiar Medicina. Pero, finalmente, se alegró de que no hubiese sido así, porque los años del secundario fueron los mejores. Publicó los libros *Misceláneas de la oscuridad*, *Relatos de la parca*, *El barro del destino y otros relatos*, *La máquina de diagnosticar* y *Un perro en la puerta de la casa velatoria*, que recibió el Premio 2° Concurso de Narrativa Bernardo Kordon. Sus relatos recibieron también el premio Horacio Quiroga (San Isidro, 2013) y fueron distinguidos dos veces en el Concurso Internacional de Poesía y Narrativa Cultura en Palabras (Junín, mayo y noviembre de 2014). Varios de sus cuentos forman parte de antologías.



SALVADOR MARINARO nació en Salta, en 1988. Es periodista y escritor. Trabajó como docente en la Universidad del Salvador y en la Universidad Nacional de La Plata. Nos cuenta que fue a la escuela secundaria en un colegio católico de su ciudad natal. Como era buen alumno, sus compañeros le pedían siempre la tarea. Nos cuenta también que era un poco rebelde: se había declarado ateo y no quería participar de la misa, lo que hacía enojar a los referentes religiosos de la escuela, que lo mandaban a reflexionar al “salón de los trofeos”. Salvador vive hoy en China, en la ciudad de Shanghái. Publicó el libro de poemas *Sinfonía de mareados* y el de cuentos *Una tristeza decente*, del que forma parte el cuento seleccionado para esta antología. Como periodista, colaboró con medios como la *Revista Anfibia*, *Ñ*, *Clarín* y *The New York Times*. Obtuvo los premios Azucena Villafior, de las Madres de Plaza de Mayo (línea fundadora), y Filosofía Sub 40 para ensayistas menores de 40 años, entre otros.



PAULA BRECCIAROLI es escritora y coeditora en la editorial Conejos. Además de leer, escribir y editar, Paula ama viajar. De los lugares que pudo conocer, sus preferidos fueron la selva boliviana y China. Cuando iba a la escuela, Paula era muy tímida. Entonces (como antecedente de su pasión por los viajes), se dedicó a inspeccionar los recovecos del colegio. Después, cuando ya tuvo amigas, ellas se unieron a sus excursiones. Publicó las novelas *Otaku* y *Brasil* (algunos fragmentos de esta novela dan lugar al cuento incluido en esta antología); también los libros de poesía *La sinceridad de un golpe* y *Te traje bichos para que juegues*, el libro de relatos *Pequeño Ensayo Ilustrado* (con ilustraciones de Pablo Rivas) y el libro de ilustración *Vaca Vaca*. Asimismo, participó en varias antologías y colaboró con la revista *El Planeta Urbano*.



Este libro se terminó de diseñar
y se publicó en el mes de octubre
del año 2019.

Leer y viajar